

Hermanos, buenas tardes. Hoy quiero compartir con ustedes lo que encontramos en Mateo 3:7-12. Este pasaje es fuerte, confrontador, y al mismo tiempo lleno de gracia porque nos muestra la urgencia de un arrepentimiento auténtico. Vamos a mirarlo con calma, como si estuviéramos sentados estudiando juntos la Palabra de Dios.

1. La multitud (v. 7a)

Juan el Bautista era un predicador que no buscaba la diplomacia ni la popularidad. A pesar de su apariencia sencilla, vestía piel de camello y comía langostas y miel silvestre, su mensaje atraía multitudes de Jerusalén, Judea y toda la región del Jordán. Entre la gente también estaban los fariseos y los saduceos, líderes religiosos conocidos por su hipocresía y dureza. No venían con un corazón sincero, sino con intenciones superficiales.

2. La acusación (v. 7b)

Cuando Juan los vio, les lanzó una reprensión directa: “**¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?**”. Juan no tenía miedo de llamar las cosas por su nombre. Esa expresión los relacionaba con la serpiente del Edén, el mismo Satanás. ¿Por qué? Porque eran como víboras pequeñas, camufladas, que parecían inofensivas, pero que con su veneno mortal contaminaban la fe del pueblo. Su pecado mayor era apartar a otros del verdadero camino hacia Dios.

Hermanos, esto nos recuerda que la apariencia externa puede engañar. A veces podemos ver religiosidad, pero sin arrepentimiento real. Y Juan lo denuncia.

3. La sentencia (vv. 8-10)

Después de denunciar, Juan da una orden clara: “**Haced frutos dignos de arrepentimiento**”. No bastaba con decir “tenemos a Abraham por padre”, ni con confiar en la tradición religiosa. La verdadera fe debía manifestarse en obras concretas: compartir con el necesitado, actuar con justicia, vivir en integridad. Sin frutos, la fe es muerta, como diría más adelante Santiago.

Juan usa imágenes agrícolas muy poderosas:

- El **hacha ya está puesta a la raíz del árbol**: el juicio es inminente.
- Todo árbol que no da fruto es **cortado y echado al fuego**: Dios no espera apariencias, Él busca evidencias de un corazón transformado.

Aquí nos golpea la urgencia del arrepentimiento. No es algo para mañana, es ahora.

4. La esperanza (vv. 11–12)

Juan también señala que su bautismo era solo preparatorio: “Yo os bautizo en agua para arrepentimiento”. Pero anuncia que viene uno mayor: **Jesucristo**. Juan reconoce su pequeñez: ni siquiera era digno de desatar sus sandalias, tarea reservada a los esclavos.

Cristo traería un bautismo mucho más profundo: **con Espíritu Santo y fuego**. El Espíritu daría vida nueva, y el fuego purificaría y también juzgaría. Con otra imagen agrícola, Juan dice que Jesús limpiará su era, separando el trigo de la paja. El trigo será guardado en el granero, pero la paja será quemada en fuego eterno. Es la doble realidad del evangelio: salvación para los que creen y juicio para los que rechazan.

Aplicación para nosotros

Queridos hermanos, este mensaje no fue solo para los fariseos y saduceos; es también para nosotros hoy. Nos invita a examinarnos:

- ¿Estoy viviendo una fe superficial, confiando en tradiciones o apariencias?
- ¿O mi vida muestra frutos dignos de arrepentimiento?

La verdadera iglesia no juega con el pecado, vive en arrepentimiento constante porque reconoce que cada pecado ofende a Dios. El arrepentimiento genuino no es solo sentir remordimiento por las consecuencias, sino dolor por haber ofendido al Señor. Y al mismo tiempo, es confiar en la gracia de Cristo, quien nos bautiza con el Espíritu y nos transforma.

Conclusión

El mensaje de Juan es claro: **urge un arrepentimiento auténtico**. No se trata de religión, ni de tradiciones, ni de genealogía. Es cuestión de vida o muerte, de estar en Cristo o fuera de Él. La pregunta que queda para cada uno de nosotros es: ¿estamos dando frutos dignos de arrepentimiento?

Pidamos al Señor que nos conceda un corazón humilde, quebrantado, que confiese su pecado y dependa solamente de Cristo, nuestro Salvador.

Amén.